

Por LaMaga

Uno de los mejores profesores que tuve en la carrera decía “La ley no siempre es justa, pero es legal”, y siendo legal, hay que obedecerla. Tuve el compañero que te decía que estaba ahí por la lana, el que estaba ahí porque su papá y su abuelo eran abogados, el que de verdad pensaba que con su conocimiento iba a lograr hacer de este país “un lugar mejor”. Por supuesto, te vas dando cuenta de que si bien no es lo mismo la justicia que la equidad, en la mayoría de los casos ninguna de las dos existe en lo absoluto (de la manera en que estos conceptos pudiesen hacerlo).

Si me preguntaran, debería ser ilegal que me descalifiquen de manera inmediata no sólo porque soy relativamente joven, sino porque además tuve la genial idea de nacer mujer (y no es desgarrarme mis feministas vestiduras, pero me ha llegado a pasar).

“La ley no siempre es justa, pero es legal”. Y la LFT está hecha para proteger a los trabajadores, y las leyes de *diosnuestro señor* para librarnos de todo mal. Y con esos escuditos de papel le dices a la madre de cinco que no puedes comprobarle ingresos al desgraciado ese, al que se robó la “baica”, que con la pena, y a mis borrachos amiguitos los han dejado más de una vez pasar la noche, pero eso como mera “lección para que valoren lo que tienen”. Y todo esto, además de legal, es tan certero como la tristeza de saber que ese espasmo en mi estómago es cada vez menos frecuente, y más vomitivamente lejano.

HOLA, ESTA ES MI CARA Y ESTA ES LA OTRA

Por Luis, nada más

Tengo cientos de canciones en el disco duro de mi computadora por las que no he pagado un solo peso, pero jamás compro videojuegos piratas. Nunca me paso un semáforo en rojo, así sea de madrugada y la calle esté desierta, pero en carretera no manejo a menos de 140 km/h. No fumo marihuana y desconfío de los cocainómanos, pero los fines de semana no tengo ningún problema en empinarme dos botellas de whisky (con sus respectivas cajetillas de cigarros).

¿Tengo alguna justificación para esta doble moral? Por supuesto que no, para eso soy mexicano. Y mexicanos como yo son los que deciden qué es legal y qué no lo es. ¿Con qué cara puedo —podemos— reclamar algo? Yo ni siquiera lo intento, pero siendo congruente (¿?) con mi doble discurso, me quejo de la ilegalidad como si fuera tan inocente como San Pedro (que de lo único que es culpable es de fundar la Iglesia, casi nada), cuando en realidad, la perpetúo como el que más.

Así que, parafraseando a aquel famoso promotor de la ilegalidad, el que esté libre de pecado, que arroje la primera piedra... ¡Hey! ¡Suelta eso! Dime: ¿lo que veo ahí es un iPod? Sí, eso pensé.

Por Rox

Cuarenta minutos dura el baño del Licenciado Baladro. ¿Para qué preocuparse por la cuenta cuando el agua y la luz son un gasto fijo del municipio? De fondo, la televisión grita incoherencias en inglés, recibidas del cable compartido con el vecino. Se enfunda en su nuevo traje *Armoni* y sus inseparables botas. Saluda enérgicamente a los albañiles que le remodelan un tercer piso a su casa, asegurándoles que no es necesario el “permiso” para la construcción, puesto que ésta no da a la calle y que él ampara cualquier emergencia médica. Introduce al estéreo el *cdmix* de Intocable. “Una maravilla esto de los MP3”, piensa mientras recorre toda su discografía. Ya es un poco tarde para el trabajo —las 11 de la mañana— por lo que cruza a casi 100 la avenida principal, incluyendo la zona escolar. Pasándose la última luz roja, saluda al *Calavera*, ese policía tan simpático. Aunque el lugar asignado para su coche estaba ocupado, no se molesta y ocupa el designado para discapacitados.

—¿Qué hay pa' hoy, Ramírez? —pregunta a su asistente

—Los primeros procesados por andar con tocamientos impuros y besos, señor licenciado.

—Estos jóvenes de 'ora... ¡no respetan la ley, chingao!

ILEGALIZACIÓN DE PERSONAS

Por Srita. Pelo

Pienso que algunas personas deberían ser ilegales. Respirar el aire que respiramos todos, caminar por las calles, asistir a los funerales, frecuentar los parques o, en resumen, existir, debería pensarse con varios años de cárcel o cuando menos una multa considerable. Y es que hay quienes no aportan nada positivo, ya no digamos a la sociedad, ni siquiera a ellos mismos, y algo al respecto debería hacer nuestro gobierno: ese organismo tan simpático.

Me gustaría ver a nuestros diputados —además de despiertos— discutir si Marta Pérez o Pancho López deberían ilegalizarse porque son personas tóxicas, porque son deshonestas, porque su sola existencia nos impide crecer como nación. Sin embargo, ¿qué es la ilegalidad? Una invitación al crimen. Al tomar esto en cuenta —y al tomar en cuenta también la impunidad— desecho mi idea completamente y me pongo a ver televisión. Después de todo, yo tampoco apporto nada y me quejo de todo, razón por la cual me considero una

pero cariñosos

Los blogueros de **Recolectivo** aceptaron el reto: celebrar el tercer aniversario de **emequis** con una entrada-a-la-carta bajo un solo hilo conductor: **la ilegalidad**. Echa un vistazo a sus muy personales perspectivas. Y no dejes de visitarlos en <http://recolectivo.blogspot.com>

mexicana promedio. Nuestra apatía nos hunde y no hemos aprendido a nadar. ¿Alguien tiene un salvavidas?

EL TICHER

Por Caballero

Estaba yo en cabina cuando sucedió. En el parque Margarita Maza, un vehículo le dio alcance a otro y mató a los ocupantes. Justo en la misma emisión, Armando Chavarría dijo que la seguridad no es asunto del Congreso y la muina me campaneó en lo más recóndito de las entretelas. Llegué al programa y, ya encarrerado, toqué el tema. “Le voy a dar la receta para que, en medio de esta ola de violencia, no tenga broncas —dije, parsimonioso—. Tan pronto detecte un movimiento sospechoso, agarre su credencial del IFE —continué mientras hacía precisamente ese gesto— y muérdala con todas sus fuerzas”... El desconcierto reinaba en el estudio. “Sí, de que lo matan, lo matan, pero así juntan más rápido su cabeza con su cuerpo”, rematé con amargura. Mi director de cámaras inmediatamente me venteó con un letrero improvisado que decía “Cambia de tema”, y sí, cambié de tema. Conté dos o tres chistoretas mientras que la tensión en los compañeros se iba reduciendo, pero nadie reía. Cambié de tema y me tragué todas las palabras que faltaron. Aquella noche me di cuenta: ya estamos en las ligas mayores.

Por Salaverga

Cuando se usaban las Ram Chargers, a fines de los noventa, con el cimarrón de fierro en la punta del cofre, era un robadero de la chingada. No menos de cinco veces escuché a mi padre mentar madres entre dientes, viendo un agujero en el metal doblado a la fuerza.

Años después se acercó un chamaco en un crucero, ofreciendo un cimarrón sin cajita en 50 pesos. “A verlo”, le dije. Al enseñármelo de cerca el joven, la ira se apoderó de mí y le arranqué de las manos el cimarrón metálico, casi escupiendo con furia: “¡Dámelo, hijo de la chingada!”.

Dio un salto para atrás y me vio con ojos grandes como de venado alumbrado. Apretando el cimarrón contra mi pecho, volteó nerviosamente al semáforo de reajo, el cual no se tornaba verde.

Otros callejeros se empezaron a acercar al carro como zopilotes, mientras yo pegaba pequeños acelerones, esperando el verde. El miedo que le provoqué al ladrón inicialmente se empezó a disipar. La banda callejera empezó a levantar la voz, unos con piedras en las manos.

El semáforo seguía rojo.

Mi padre hubiera estado orgulloso de mí.

Por Changos

Para abordar un tema tan serio y tan absurdo como es la ilegalidad, recurramos a una situación hipotética: Jaimito acaba de comprar 200 pesos de marihuana. El problema es que Jaimito olvidó su pipa. Entra en pánico. Entonces, mientras camina por la calle de una colonia de interés social, se encuentra con un típico altar de barrio en honor a la Virgen. A los pies de la Santa y entre un par de veladoras encendidas, puede verse una Biblia. Jaimito sabe que el grosor de las hojas de Biblia es ideal para forjar un gallito discreto. Se dirige despacio hacia el altar y abre el libro de forma aleatoria. El libro se abre justamente en el Libro de Zacarías: “Sacarías la bacha”, se dice en voz baja.

Por otro lado, un policía muy devoto se aproxima a darle las gracias a la Virgen por un milagro recibido. A lo lejos contempla a Jaimito armando un porro con una página del nuevo testamento y su sangre comienza a hervir. La obligación del guardia sería entregarlo a la comisaría por posesión ilegal de psicotrópicos, pero en lugar de eso, presa de un violento frenesí, reinventa el significado de la palabra “putiza”.

Lo que debería considerarse no sólo ilegal, sino peligroso, es la ignorancia. Desgraciadamente, en este país que tanto queremos los que no hemos tenido la oportunidad de conocer otro, todos aquellos profetas de la legalidad son también profetas de la ignorancia. De esto sólo puede esperarse corrupción, injusticia y una que otra putiza monumental. ¶